

Ricardo Donoso

BLASCO IBÁÑEZ

(*Atenea. Revista mensual de ciencias, letras y bellas artes*, año V, nº 1, 1928, pp. 26-29)

Más que escritor, más que novelista, más que forjador de bellas ficciones, Blasco Ibáñez fue hombre de acción, editor, viajero, colonizador, y vivió atormentado siempre por la conquista de la fortuna, móvil de la mayoría de las humanas acciones. Él mismo lo decía en carta a Cejador: «Yo soy un hombre de acción, que he hecho en mi vida algo más que libros y no gusto de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón, con el pecho contra una mesa, escribiendo diez horas por día». La literatura, el amor de las letras, no fue para él un fin: no concebía el autor de *La barraca* la fórmula del arte por el arte como un marco al cual debía sujetar su acción de novelista; su pluma fue para él la palanca poderosa que habría de llevarle al bienestar, la dicha de vivir con regalo, la comodidad y la fortuna. Tiene en este sentido la vida de Blasco Ibáñez cierta similitud con la de Balzac, pero, más feliz que el inmortal maestro de *Papá Goriot*, que vivió siempre estrangulado por las necesidades de su laboriosa existencia, logró ver realizadas todas las ambiciones de su espíritu, hasta el punto de que, como en cierta ocasión le decía a Alejandro Sux, si abría una ventana le entraba un millón, y si abría una puerta le entraban dos. ·

Hay en la vida de Blasco Ibáñez algunas páginas turbias, que difícilmente se borrarán de la memoria de sus lectores hispano-americanos, pero ellas no bastan a restar altura a las proporciones magníficas de su figura de luchador que no supo del reposo, de propagandista de las nuevas ideas, de destructor de rancios prejuicios y añejas preocupaciones, de removedor de ideas, de cantor de la vida y del amor.

No hay en sus novelas la áspera amargura de un Baroja, ni el pesimismo infecundo de tanto novelista de hoy; por el contrario, un fuerte y sano optimismo campea en todas las páginas de sus libros. Propagandista rebelde y luchador en todas las horas de su existencia, muchos de sus libros no son más que el testimonio de su credo republicano, democrático y demoleedor; así *La catedral*, símbolo de la religión tradicional, obstinada y retrógrada; *El intruso*, la religión militante, ávida de vincularse a todas las manifestaciones de la vida moderna, que sostiene establecimientos de enseñanza y apechuga con negocios industriales y bancarios; *La bodega*, en que asoma su ánimo inquieto el jesuitismo; *La horda*, pintura descarnada de los bajos fondos madrileños: libros todos de ardiente apasionamiento, de ruda propaganda, calientes de

sinceridad y valentía. Con encendido entusiasmo combatió Blasco Ibáñez el fanatismo, la intransigencia y el espíritu reaccionario; arremetió con violencia contra el poder del clero y los privilegios de los poderosos; protestó de la injusta repartición de la riqueza, pero, sin dejarse dominar por el pesimismo, se manifestó el más firme creyente en la libertad, en el trabajo, en el amor. Pintó con cariño y simpatía los sufrimientos de los desheredados y de los humildes, exteriorizó su piedad por los luchadores anónimos y tuvo un sentimiento de cordial simpatía para ese mundo desconocido de los que luchan sin esperanzas. Se ha dicho, sin razón alguna, que no hay en los libros del autor valenciano ni una frase, ni una página que le sobrevivirá, que todo es vulgarísimo y pedestre, adocenado y trivial. Muchas serían las citas que podrían traerse a cuento para comprobar cuán errada y antojadiza resulta esa afirmación, pero solo queremos recordar aquello que decía en una de sus novelas, al afirmar que las iglesias constituían la caparazón de un gran parásito, y aquella hermosa frase con que remata *Los muertos mandan*: «No, los muertos no mandan, quien manda es la vida, y sobre la vida el amor», que son una magnífica semblanza de su fisonomía moral.

Las novelas de Blasco Ibáñez admiten una clasificación clara, que une a cada grupo de ellas con caracteres inconfundibles: así las novelas regionales de la primera época, *Flor de mayo*, *Arroz y tartana*, *Cañas y barro*; las de propaganda y rebeldía, *La catedral*, *El intruso*, *La bodega*, *La horda*; las inspiradas en puros propósitos artísticos, como *Sangre y arena*, *Los muertos mandan*, *Luna Benamor*; y las novelas de la Guerra, tendientes a abarcar un panorama universal, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare Nostrum*, *Los enemigos de la mujer*, *La tierra de todos*; pero la misma ideología circula como un aliento poderoso a través de todas ellas, un mismo optimismo sano y fecundo las une en una sola orientación bienhechora. Creía el autor valenciano en la organización democrática de los pueblos, amaba con pasión la libertad, la sinceridad, la tolerancia, y era el primer convencido de las horas de amargura que habían costado al mundo la intransigencia, el cerrado fanatismo, los privilegios irritantes. Por eso, puede decirse con justicia que Blasco Ibáñez era la encarnación genuina del novelista de la democracia de nuestro tiempo.

Muchos no perdonan a Blasco Ibáñez el carácter de universalidad que habían adquirido sus obras, a partir de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que habían hecho de él uno de los escritores más leídos de nuestro tiempo. Se ha dicho que no tiene profundidad psicológica, ni agudeza introspectiva, que solo veía lo externo y dinámico de sus personajes. Hay indudablemente mucho de cierto en lo anterior, pero se olvida

que Blasco Ibáñez no escribía para los refinados, ni para una élite intelectual, sino para «el hombre de la calle», para el tipo corriente del hombre normal, con una cultura incipiente, que solo busca en la literatura la satisfacción de una necesidad elemental. Es a este grueso público de todo el mundo a donde el escritor valenciano ha llevado las palpitaciones de la emoción, y las sensaciones de sus obras llenas de su poderoso espíritu de inquietud y de combate.

Debemos los chilenos a Blasco Ibáñez un testimonio de gratitud por la simpatía con que siempre se refirió a nosotros y a las cosas de nuestra tierra. En algunas de sus novelas aparece uno que otro chileno, pintado siempre con caracteres definidos, llenos de vehemencia constructiva y animados de un fuerte optimismo. Se ha dicho que esto obedecía a razones inconfesables. ¿Inconfesables por qué? Blasco Ibáñez estaba unido por los vínculos del amor, desde los mejores años de su madurez, a una chilena distinguida, que supo comprenderlo y admirarlo. Que esta fuera la causa inicial de la cordial simpatía que nos profesaba, no resta en manera alguna valor a la sinceridad de sus opiniones.

La muerte ha cortado bruscamente el vuelo del poderoso genio del autor valenciano, en pleno periodo creador, cuando aún las letras castellanas aguardaban ópima cosecha de su pluma laboriosa e infatigable. No es aventurado repetir que su nombre quedará vinculado en la historia de la literatura como el de uno de los más grandes escritores del habla castellana después de Cervantes.